

rio (1). El ejército polaco era convocado por provincias, y marchaba por provincias bajo los órdenes de sus respectivos condes. No nos es dado fijar con seguridad cuáles eran las otras divisiones del ejército: Gallus establece una distinción entre *acies*, *agmen* y *cohors*, pero desgraciadamente este autor no se muestra consecuente en la aplicación de estas denominaciones. Sin embargo, los contingentes provinciales pudieron agruparse formando grandes cuerpos de ejército, sometidos al mando superior de un solo jefe: así, por ejemplo, sucedió en el sitio de Nakel, en el cual una mitad del ejército estaba mandada por Boleslao y la otra mitad por el palatino Skarbimir. En cambio, cuando Boleslao emprendió su campaña contra Bohemia (1110) su ejército se dividió en tres cuerpos principales para librar la batalla decisiva, á saber la *acies curialis*, especialmente mencionada y formada por las tropas más escogidas á las órdenes del duque en persona; la división del palatino Skarbimir y el contingente de Gnesen. Este último estaba puesto bajo la advocación de San Adalberto, patron de Polonia, y su mando estaba confiado á muchos palatinos (2) y á varios expertos caballeros.

El grueso del ejército estaba formado de infantería; pero además había una caballería numerosa, lo cual es tanto menos de extrañar cuanto que la tradición nos dice que existían en Silesia grandes manadas de caballos salvajes (3). No andaremos equivocados si decimos que la *acies curialis*, denominación que puede traducirse por «guardia real», era un cuerpo de caballería, cuya existencia no por esto excluía la de otros escuadrones. Cuando se efectuaba una marcha al través de un país extranjero la caballería no marchaba delante sino detrás del ejército, para poder acudir al auxilio de las divisiones que se encontraban en peligro. Primero marchaban pelotones bien ordenados para poder avisar oportunamente cuando se acercaba el enemigo; luego seguían los «saqueadores é incendiarios» (*combustatores et predatores*), y por fin el ejército propiamente dicho. También debía acompañarles un numeroso tren, porque las tropas llevaban consigo tiendas y víveres (4).

Cada provincia tenía una bandera y su música militar, y además tambores y trompetas. Asimismo los polacos conocían las máquinas de guerra de la Edad media y sabían usarlas convenientemente en el ataque y en la defensa.

El armamento consistía en el yelmo, probablemente de metal (5), y en el escudo, como armas defensivas, y como

(1) Como, por ejemplo, la noticia de que los polacos habían combatido antes con corazas, que después suprimieron á consecuencia de una pérdida sufrida en tiempo de Boleslao II. Gallus, obra citada, pág. 421. Como se comprenderá, esto es un cuento. El armamento de una infantería con corazas no pudo existir entonces en Polonia por razones materiales y prácticas: los ejércitos eran demasiado numerosos y el armamento muy caro. Posteriormente los jinetes llevaron armaduras. Véase Gallus, 450: *Tot ictus super loriam habuit et galeam lanceis gladiisque sustinuit...* Como en este párrafo solo se habla del rey no podemos generalizar este dato, pues en otro se habla del *acies curialis curialiter armata*. Gallus, obra citada, pág. 476.

(2) Estos palatinos deben distinguirse del palatino mayor, que era quien llevaba la bandera. La división que estaba á sus órdenes llevaba el nombre especial de *acies palatina*. Gallus, obra citada, pág. 477.

(3) *Dux Sobeslaus .. Poloniam cum exercitu suo (1132) intravit, totamque partem illius regionis que Slesko vocatur penitus igne consumpsit. Multos etiam captivos cum innumera pecunia nec non indomitum equarum greges non paucos inde secum abduxit...* Wissegr. cont. Cosm., obra citada, pág. 1138.

(4) En el ataque de Glogau, Enrique se apoderó de varias tentoria. Gallus, obra citada, pág. 461. Respecto de los víveres, puede abrigarse alguna duda, pues de ellos solo se habla una vez y esto aun con ocasión del sitio de Nakel: *alii pabulum equorum, alii victualia queritabant*. Pero en un largo sitio en país enemigo es natural que se forrajeara, al paso que se hace difícil imaginar una expedición por enemigos comarcas, en aquella época, sin llevar los víveres consigo.

(5) *Tinnitus de galeis percussis*. Gallus, obra citada, pág. 445.

ofensivas el arco y la flecha, la ballesta, la lanza y la espada. El uso del escudo, sin embargo, no era general y por esto los soldados polacos eran para los alemanes tropas insuficientemente armadas, habiendo manifestado el emperador Enrique V su extrañeza á la vista de aquellos guerreros «desnudos.» Al atacar se embestia primero al enemigo con la lanza y luego se echaba mano á la espada. El combate de lejos con proyectiles no se empleaba sino en los sitios y en la defensa de las plazas, y en esto se distinguían sobremanera los polacos. La toma de Nakel y la defensa de Glogau son páginas brillantes de la historia de Polonia. Los polacos, contra un enemigo cubierto de corazas, como era el ejército que les presentaba el emperador alemán, combatían de mala gana, y esto se explica fácilmente teniendo en cuenta la diferencia de armamento.

Boleslao III, en todas sus empresas importantes, solía consultar el parecer de su consejo, cuya organización no conocemos: los jefes de las distintas divisiones y los guerreros expertos constituían una especie de Estado Mayor general (6). Los heridos eran conducidos á su país y á los muertos se les enterraba en el campo de batalla.

Si una expedición salía bien, el botín en hombres, ganado y trigo marchaba á la cabeza del ejército, así para hacer imposible el hurto como para poderlo abandonar en caso necesario.

Las luchas contra los paganos pomeranos dieron á los mandos militares una especie de consagración religiosa. Los obispos acompañaban al ejército, y cuando éste se detenía celebraban una misa. Según parece, todos los obispos debían encontrarse en el campo de batalla; por lo menos así se refiere respecto de un caso particular (7).

Si tenemos en cuenta que durante las tres últimas generaciones de la historia de Polonia solo hubo muy pocos años de paz no interrumpida, y que en la guerra la mayoría de la población tomaba parte, por lo menos pasiva, nos explicaremos que por un lado se extendiera por el país un entusiasmo bélico y por otro hubiera como consecuencia una disminución gradual de las libertades rurales. También se vé que el carácter de cruzadas que llevaban impreso las expediciones contra los pomeranos ejerció poderosa influencia en el robustecimiento del joven cristianismo.

Esto era tanto más necesario, cuanto que el clero polaco en aquella época no se mostraba á la altura de su misión. En el modo de ser de la iglesia romana estaba el dar muy poco á poco un clero nacional á un pueblo no enteramente convertido, que comenzaba á entrar en el concierto de la civilización de Occidente. El conocimiento del latín, que se exigía aun al bajo clero, era un obstáculo para la buena marcha de la iglesia romana y hacia que ésta se encontrara en desventaja respecto de la confesión griega, que se hallaba siempre dispuesta á hacer toda clase de concesiones nacionales. Polonia se vió, pues, durante mucho tiempo obligada á proporcionarse el clero del extranjero y á pesar de esto se dejaba sentir la falta de sacerdotes.

Ya hemos visto cuán severamente juzgaba estos males el papa Gregorio VII y que después el legado pontificio, Walo, consideró necesario destituir á dos obispos; y no existiendo allí todavía diferencias de doctrina ni habiendo surgido tampoco la cuestión de las investiduras, solo podemos explicarnos la necesidad de este rigor por la ineptia y la inmoralidad. Roma no solía mostrarse demasiado severa en este concepto (8), y aun cuando en tiempo de Wladislao I y de

(6) *Convocatis senioribus consilium inivit*. Gallus, pág. 475.

(7) *Missa generalis per omnem stationem celebratur, sermo divinus suis parochianis ab episcopis predicatur*. Gallus, pág. 476.

(8) Zeissberg, en su *Historia polaca*, observa con razón que el nú-

Boleslao III se operó un cambio favorable, siempre hubo necesidad de acudir al extranjero para proveerse de sacerdotes. Ya hemos visto cuánta importancia debe darse á la circunstancia de que Polonia no pudiera crear ni misioneros para la Pomerania ni sacerdotes para sí misma. Los príncipes polacos estaban perfectamente convencidos de la trascendencia que tenía la importación constante de un clero alemán, y es una prueba de talento político el hecho de acudir también como acudieron para sus necesidades espirituales á Francia, Italia y Flandes (1). Dada la notoriamente escasa aptitud de asimilación de los romanos, no había que pensar en un clero nacional, tanto menos cuanto que la base fundamental de los conventos era extranjera; y esto acontecía lo mismo en los benedictinos de Tyeniec, Miezyrzycs y Leslau que en los monjes del convento de la Cruz, de Sandomir, procedentes de Monte-Cassino. Este fenómeno podríamos seguirlo hasta más allá del período de que tratamos. Cuando en 1140 llegaron á Polonia, procedentes de la Borgoña, los primeros cistercienses, pusieron por condición que podrían permanecer libres de elementos polacos, y las órdenes de dominicos y franciscos, que llegaron á aquel país en 1228 y 1237 respectivamente, contaron en su seno muy pocos polacos ó ninguno. Mas adelante veremos cómo se operó en esto un cambio: pero esto es de gran importancia histórica, porque nos explica por qué en Polonia no pudo haber lucha de investiduras y por qué se manifestaba tanta sumisión hacia el primado romano. Una resistencia contra Roma únicamente podía prosperar con un clero nacional.

De todo lo expuesto depende que tengamos tan pocas noticias acerca del clero polaco de aquella época, al cual nunca vemos en primer término. No puede ponerse en duda que el canciller era un sacerdote y que el duque tomaba consejo del alto clero en las cuestiones importantes: los personajes aislados están tan envueltos en oscuridad que no nos es dado nombrar todas las sedes episcopales, y menos las series de obispos. El arzobispo residía, como sabemos, en Gnesen y había obispos en Posen, Cracovia, Kolberg, Plock, Wloclawek, Leslau, Lebus y Breslau. Este último obispado fué temporalmente trasladado primero á Schmorgan y luego á Brieg (entre 1038 y 1046). Hemos de suponer que las sedes episcopales estaban en ciudades relativamente importantes: únicamente Sandomir y quizás Glogau igualaban en extensión á aquellas. Además de las ciudades, que fueron fortificadas, especialmente después de la última guerra con Alemania, había muchas plazas fuertes (*castrum*, según la denominación latina) en todos los lugares de alguna importancia estratégica. Así como las últimas estaban mandadas simplemente por un comandante militar, las primeras eran administradas por condes. Acerca de la organización interior de las ciudades, tenemos escasas noticias; sin embargo, no faltan algunos datos interesantes que quizás autorizan para llegar á importantes conclusiones. Respecto de Breslau, Martín Gallus nos refiere que el *populus*, el pueblo de esta ciudad, quiso apedrear al embajador de Wladislao Hermann, que abogaba por el odiado Siciach. El joven duque Boleslao, que temía por su propia seguridad personal, convocó á los más ilustres y ancianos de la ciudad (*majores et seniores civitatis*) y á todo el pueblo á una asamblea (*deinde totum populum in concionem*), en la cual se discutió extensamente y se llegó por fin

mero de obispos (15) que tomaron parte en la coronación de Boleslao (1076) es por lo excesivo una prueba del desorden general que en aquella Iglesia reinaba.

(1) Véase Grunhagen: *Historia de Silesia*, pág. 18, que ha seguido en un magnífico capítulo las primeras huellas de aquellas «simpatías sarmático-welsches.»

á un acuerdo tumultuario (2) por parte de toda la plebe de Breslau (*multitudo tota Wratislaviensium*), que se declararon partidarios de Boleslao y fortalecieron sus intentos con un juramento (3).

No hay que perder de vista que estamos enfrente de una organización igual á la que hemos visto en las ciudades de los eslavos rusos: la *concio* corresponde á la *wetscha*, los *seniores* y *majores* á los ancianos rusos, y por último, la manera de tomar el acuerdo presenta todas las particularidades que en aquellas asambleas estamos acostumbrados á ver. Si este suceso lleva impreso el sello de lo extraordinario, esto nos muestra lo que podía suceder en una ciudad polaca de aquella época; y aunque con la implantación del derecho alemán desaparecieron por completo las huellas de la antigua constitución municipal eslava, es innegable que ésta había existido antes. Lo que hay es que parece que todos los elementos para formar un Estado civil eslavo estuvieron condenados á triste suerte.

Lo que ocurrió con el comercio y con la civilización en las ciudades no lo sabemos: únicamente puede afirmarse que al terminar el siglo XI, y á consecuencia de las cruzadas, comenzó á penetrar en Polonia el elemento judío, siendo lógico suponer que sentó sus reales en las ciudades.

CAPITULO VIII

FORMACION DE LOS PRINCIPADOS PARCIALES POLACOS

La muerte del duque Boleslao forma época en la historia de la Edad media, pues desde aquel suceso comenzó para Polonia un período de ruina parecido al que hemos visto en Rusia, con la diferencia de que la íntima unión con el Occidente y la adhesión de Polonia á la iglesia romana debían conducir á soluciones muy distintas.

El duque Boleslao dividió el imperio poco antes de su muerte (28 de octubre de 1138) entre sus cuatro hijos mayores, conservando la idea de la unidad del poder supremo, pues confirió á su primogénito la situación de *senior*. A éste no solo le fueron asignadas la Cracovia y la Silesia, sino que como «gran duque» debía ser de hecho y de derecho jefe de la totalidad (4). Las porciones de los demás hermanos eran menos importantes: Boleslao obtuvo la Masovia, Mieszko ó Miecislao la Gran Polonia, con la capital Posen, y Enrique probablemente Sandomir. En cuanto á Casimiro, nada obtuvo en el reparto.

Tres circunstancias contribuyeron á que fuese imposible conservar pacíficamente este estado de cosas. En primer lugar, la porción de Wladislao era ó demasiado grande ó demasiado pequeña: demasiado pequeña para satisfacer su ambición y para servir de fundamento real á las pretensiones ideales que tenía de supremacía, y demasiado grande para no despertar el deseo de aumentarla á costa de sus otros hermanos, cada uno de los cuales era por sí solo más débil que él. En segundo lugar, era Wladislao hijo de la princesa rusa Sbislawá, primera esposa de Boleslao, al paso que los demás hermanos tenían por madre á la suaba Salomé, cuya influencia no era á propósito para fundar relaciones verdaderamente fraternales entre los hermanastros. Por último, Wladislao

(2) *Erumpens statim in vocem*.

(3) *Qua... juravando a civibus firmabantur*, pág. 438.

(4) Véase Grunhagen: *Historia de Silesia, y registros, Smolka Mieszko el Viejo* (polaco); Linnitscheko, pág. 634. Sobre el testamento de Boleslao hay algunos trabajos especiales de autores polacos modernos, que no he podido ver. En cuanto á la literatura originaria, véase Zeissberg. Debe hacerse notar que Cracovia era considerada como verdadera capital del reino.

estaba casado con Inés, hermanastra del Staufen Conrado III, mujer que movida por la ambición desmedida de su familia excitaba á su esposo á adoptar medidas de violencia contra sus hermanos menores. Además, consideradas las cosas imparcialmente, debía desearse, en interés de Polonia misma, que se prescindiera de las disposiciones en virtud de las cuales el padre había procedido á la división de Polonia. Wladislao era un hombre que se encontraba en la plenitud de sus fuerzas cuando murió su padre (1), al paso que de sus demás hermanos el mayor contaba solo once años y el menor algunos meses. De aquí que no pudiera pensarse en un gobierno de estos últimos independiente. ¿No existía, pues, el fundado temor de que los magnates polacos, que eran los que en aquellos principados parciales tenían la dirección de los negocios, aumentaran extraordinariamente la importancia de su clase? ¿Era de esperar que dirigieran desinteresadamente la administración, especialmente la parte económica?

No creemos equivocarnos al afirmar que en estas cosas estaba la semilla de las luchas que pronto habían de estallar. Los esfuerzos de Wladislao para percibir tributos en los territorios de sus hermanos hicieron que en 1140 la situación fuese tan tirante que las dos partes comenzaron á buscar alianzas. Salomé se cuidó del asunto en pro de sus hijos y procuró fortalecer las relaciones ya existentes con Rusia por medio del casamiento de su hija, que contaba trece años, con un príncipe ruso (2); pero Wladislao hizo fracasar este plan, combinando con el gran duque Wsewolod el casamiento de un hijo suyo (que á lo mas tendría cinco años) con una hija del último. Wsewolod aceptó la proposición y los jóvenes hermanos de Wladislao se vieron reducidos á la alianza de los hijos de Wladimiro Monomaco, enemigos de Kieff, que dada la situación de las cosas no podían ser de utilidad ninguna. Ya en la primera mitad del año 1141 estalló la guerra fratricida en Polonia, en la cual la nobleza y el clero tomaron parte muy activa en pro de los jóvenes hermanos: el mismo arzobispo Jacobo de Gnesen se unió á ellos y hubo muchos años de lucha, durante los cuales Wladislao llevó, en un principio, la peor parte, logrando, últimamente, por mediación del príncipe ruso, firmar un tratado que sin conducirle al fin que se proponía tuvo por consecuencia un engrandecimiento no pequeño de su territorio (3). La paz, sin embargo, no era mas que un armisticio: Wladislao aprovechó aquel período de tranquilidad para estrechar mas sus relaciones con el príncipe Conrado. En la Navidad del año 1144 encontramos en Magdeburgo como embajador suyo á uno de los mas ilustres magnates polacos, Pedro Wlast, quien ya en tiempo de Boleslao III había representado un papel importante como hombre de Estado y como general. Pedro llevó á Polonia algunas reliquias y probablemente un robustecimiento de las relaciones de amistad. Wladislao, por lo menos, se sintió bastante fuerte para atacar por segunda vez á sus hermanos. Formuló de nuevo sus pretensiones á la tributación de los territorios de estos y cuando opusieron resistencia armada consiguió deshacerse de Boleslao y de Enrique, y

(1) Nacido en 1105, contaba entonces 33 años. El hijo mayor de Salomé, Leszko, había muerto antes; Boleslao había nacido en 1127, Mieszko en 1130. La fecha del nacimiento de Enrique no se sabe á punto fijo. En 1140 encontramos á Boleslao y á Mieszko casados, el primero con Zwenislawa, hija del gran duque Wsewolod de Kieff, y el segundo con Gertrudis, hija de Bela II de Hungría: ámbos fueron casados, según costumbre, siendo aun niños. El no tener en cuenta estos datos cronológicos ha sido causa de que se formularan opiniones erróneas.

(2) Véase Ortlieb, *Bieloruski*, tomo II, págs. 4 y 5. En cuanto á las cosas de Rusia, véase nuestra narración, cap. II.

(3) En esto seguimos á Linnitschenko, contra lo que opina Smolka, que hace pasar las cosas de distinto modo. No se libró ninguna batalla definitiva.

solo Mieszko, que se sometió á tiempo, quedó en posesión de la Gran Polonia. En sus dominios hallaron refugio los demás hermanos. Estos sucesos acaecieron en 1145; á principios del año 1146 dirigióse Wladislao á Alemania para avisarse con el emperador Conrado, que tenía su residencia en Kaina, junto á Altenburgo, y despues de haber reconocido la soberanía feudal del reino alemán, recibió la garantía de Conrado en pro de las importantes modificaciones introducidas en Polonia.

Ya se comprenderá que los nobles polacos no estaban contentos del giro que habían tomado las cosas, pues el restablecimiento de la soberanía única debilitaba la importancia de la nobleza, y la flagrante violación de derecho cometida por Wladislao daba un fundamento moral á la oposición. Pedro Wlast fué, según parece, el heraldo de la opinión del país, y la tradición nos cuenta que hizo al duque enérgicas advertencias, hasta el punto de que éste temió que Pedro fuera el alma de una conjuración aristocrática. El conde Pedro estaba á punto de casar á su hijo: el duque supo que la nobleza acudiría en masa á la fiesta y en vista de esto resolvió desvanecer el peligro en su germen, apoderándose de la persona de Pedro; pero no se atrevió á apelar para ello á la violencia. El conde Pedro vivía en Elbing, en un castillo situado cerca de Breslau y perfectamente fortificado. Este castillo, si el conde se libraba de un golpe violento, podía convertirse fácilmente en centro y punto de partida de un levantamiento general. El duque, pues, apeló á la astucia y envió á su mariscal Dobek á la residencia del conde, que no abrigaba la menor sospecha. El emisario, bajo pretexto de ser portador de un encargo de Wladislao, fué recibido en el castillo, donde consiguió, durante la noche, apoderarse de Pedro y de su hijo Egidio: el castillo fué entregado á las llamas y estos dos infelices fueron encadenados y conducidos á presencia de Wladislao. Las fuentes á que hemos acudido, hostiles en extremo á la duquesa alemana, refieren los ulteriores sucesos del modo siguiente. El duque Wladislao quiso inutilizar á Pedro y á Egidio confiscándoles sus bienes y enviándoles al destierro; pero Inés insistió en que se les diera muerte, y de muy mala gana se contentó con que se privara de la vista á Pedro, castigo que había de ser ejecutado por un criminal condenado á muerte. De esta suerte perdió Pedro la vista y por excitación del mismo mariscal Dobek, que le había preso, se le cortó además la lengua.

Debe hacerse constar, sin embargo, que tomamos estos datos de una mala tradición. Con seguridad histórica solo puede decirse que en Polonia encontramos enfrente de la política centralizadora del duque, que se apoyaba en Alemania, un partido nacional polaco que se mantenía afecto á los hermanos de Wladislao; que este partido desde 1145, y por causas de nosotros desconocidas, tuvo su centro en el conde Pedro Wlast y que Wladislao evitó la sublevación que amenazaba apoderándose violentamente de éste é inutilizándole cruelmente con la mutilación de los ojos. También aparece cierto que la tradición atribuyó despues la causa de esta crueldad, como la de todos los actos de Wladislao, á su esposa Inés. Si había ó no razones para atribuírsela, no podemos decirlo (4).

(4) La narración de la ceguera de Pedro está llena de inverosimilitudes y es sospechosa por los detalles de exposición. Para dar un solo ejemplo de ello diremos que no se comprende la conducta de Wladislao respecto del leal Roger, quien forma un contraste dramático con el desleal Dobek. También está muy enredada la cronología de los sucesos que siguen y sobre todo no aparece todavía claro, á pesar de los trabajos especiales de Linnitschenko y de Smolka, el sesgo que tomaron las cosas despues de la derrota de Posen. Wladislao no tuvo tiempo de marchar á Rusia, y es probable que su hijo menor fuera quien negociara

Al infortunado conde le cupo, sin embargo, la satisfacción de ver que el duque perdía el trono á consecuencia de la crueldad cometida.

La violenta conducta de Wladislao produjo una sublevación de la nobleza y del clero, levantándose también contra él sus propios hermanastros. Wladislao no se mostró, en un principio, capaz de dominar la rebelión, y á pesar de hallarse apoyado por tropas rusas sufrió en las orillas del Pilica una derrota, pero despues recibió, según parece, tan considerables refuerzos que consiguió acorrallar en Posen á los rebeldes. Estaba tan seguro de su triunfo definitivo, que despreció la mediación del arzobispo Jacobo de Gnesen y no mudó de modo de pensar á pesar de la excomunión que con-

tra él lanzó la Iglesia. Mieszko de la Gran Polonia había tratado, entretanto, con los sitiados y con una parte de la nobleza que le era adicta acerca de un ataque simultáneo contra el ejército de Wladislao, y en efecto, consiguió sorprenderle por completo cuando Wladislao creía á su adversario disperso y aterrizado, derrotándole de tal manera que no le quedó mas recurso que buscar refugio fuera de Polonia. Ya en 31 de marzo de 1146 le encontramos en la corte del emperador Conrado, á donde le siguió pronto su esposa, á quien los aliados sitiaron en Cracovia, obligándola á abandonar el país.

En Polonia las cosas se arreglaron como si el duque no hubiera de volver nunca por allí. En realidad Wladislao es-



Losa del sepulcro de Boleslao II el Atrevido.

Se encuentra en la iglesia de Ossiach, en los Alpes Carintios, es de mármol y mide 155 centímetros de largo por 115 de ancho, grabada en alto relieve; los arcos del caballo parecen medio calcinados. La inscripción dice: «Rey Boleslao de Polonia, asesino de San Stanislao, obispo de Cracovia.» Murió este rey en Ossiach y fué enterrado en la iglesia de esta población.

taba enemistado con todos los partidos. Reñido con sus hermanos, odiado por la nobleza y perseguido por el anatema de la Iglesia, se había visto precisado á huir, de suerte que no era de esperar que nadie se levantara en el país en favor suyo. Las esperanzas que había cifrado en un auxilio extranjero se vieron defraudadas. En Rusia había estallado una de aquellas luchas interiores allí frecuentes, que alejó toda esperanza de obtener el apoyo ruso despues de la muerte del gran duque Wsewolod (1146). En cambio, el emperador Conrado se mostró inclinado á poner á Wladislao al frente de un ejército, y en agosto le envió con él á Polonia; pero las tropas alemanas, como tantas otras veces había sucedido, se cansaron de las dificultades del terreno, y cuando Boleslao se mostró dispuesto á pagar una indemnización y se ofreció á presentarse personalmente al emperador, en Alemania, éste dió á su ejército la orden de retirarse, conten-

do con Wsewolod el apoyo ulterior. Pero también se ofrecen graves dudas acerca de esta opinión sostenida por Linnitschenko.

Véase Grunhagen en el tomo XII de la *Revista silesia*, págs. 77-79, cuya narración concuerda con la nuestra en los puntos capitales.

RUSIA, POLONIA Y LIVONIA

tándose con haber conseguido una apariencia de triunfo. Conrado intercedió cerca del Papa para que se alzara la excomunión que sobre Wladislao pesaba (1), pero de la reposición de éste en el trono pudo tratarse tanto menos cuanto que Boleslao, entretanto, había logrado estrechar amistosas relaciones con sus vecinos los rusos y disponer favorablemente á los magnates sajones, á los cuales acudió, para el caso de una expedición polaca. La elevación de Federico Barbaroja al trono alemán introdujo un cambio en este estado de cosas. Este monarca, á pesar de que en 1157 se le presentó en Halle una embajada polaca con proposiciones de paz, decidió obtener algo mas que una sumisión nominal. En agosto de 1157 le encontramos ya en territorio de Polonia. Dos cartas de Federico nos enteran perfectamente del curso de la campaña; por esto dejaremos que hable él mismo (2).

(1) Por no haberse querido someter á esta decisión, el cardenal Guido lanzó sobre Polonia el entredicho.

(2) Jaffé: *Bibl. rerum Germ.*, tomo I, pág. 470.